

# La dignidad humana: clave de que el solar sigue valiendo más que el edificio

PEDRO CASTRO

Aún hay razones para pensar que vale la pena edificar juntos algo sólido y profundo que no se nos apolille nunca en los bolsillos del alma.

Cuando se acerca la celebración de este nuevo Congreso Católicos y Vida Pública 2016 debemos tratar de atizar nuestra propia y muy debilitada capacidad de asombro. Debemos enfrentarnos cara a cara con una pregunta decisiva: ¿de verdad creemos en algo de lo que vemos ante nuestros propios ojos? Y aún más, ¿somos capaces de ver o vivimos como un particular Segismundo encerrados en una celda sobreviviendo entre los muros de una tan cruel como sórdida y aparentemente inevitable y constante ensoñación?

Cuando hasta ayer hablábamos de ciertas cosas a las que nos referíamos con frecuencia podemos pensar que se trataba de “simples cosas raras” que a veces forman parte de las conversaciones intrascendentes que hay que tener y olvidar pues solo pueden conducirnos, bien a distraernos de lo que de verdad importa, o bien al dolor de cabeza o, peor aún, a la preocupación y al insomnio. Lo mejor es no pensarlo...

Pero si tratamos de vencer ese primer impulso natural y lo logramos podemos hacernos algunas preguntas más: ¿no es cierto que por el camino que llevamos, especialmente desde los albores del siglo XX, la sensación que tenemos es que al tecnificarnos vamos más rápido, sí, pero cuesta abajo y sin frenos y, lo que es peor, hacia no se sabe bien ni exactamente dónde? Entonces, ¿es prudente seguir por ahí?

Y lo más importante, ¿qué podemos hacer individualmente? ¿Solo actuar como si no pasara nada? ¿No podemos hacer nada por nosotros mismos? ¿Ni siquiera dedicar un tiempo a reflexionar por si atisbamos la reali-

dad? ¿Ni rodearnos de personas capaces y profundas? ¿No queremos, aunque podamos, abordar la naturaleza del problema? ¿No queremos crear conciencia social y colectiva a nuestro alrededor más próximo?

Pero más allá de ello, ¿qué podríamos hacer entonces más allá?, me refiero colectivamente. ¿Seguiríamos sólo abocados al derecho al voto o la expresión de la propia opinión en su caso o habría algo más que poder hacer? ¿Con quién y cómo uniríamos fuerzas a diario y de continuo en la dirección correcta? ¿Debemos pues desanimarnos ni siquiera por ser conscientes de que lo limitado de nuestra propia vida determinará seguramente que todos nuestros mejores esfuerzos vayan en beneficio de nuestros hijos y de quienes les sucedan a ellos sin que nosotros muy posiblemente recojamos los frutos de lo que ahora sembramos? ¿No consiste en ello precisamente lo mejor que dejamos en herencia desde hace siglos: la Tradición? ¿Qué o a qué tenemos miedo? ¿Por qué vivimos en aparente movilidad pero realmente paralizados?

Quizá todo es producto de algo que siempre ha dado vueltas en torno al ser humano (el ansia de poder y de dominio) pero que en los tiempos actuales la técnica y el avance de las ciencias ha ido haciendo cada vez más posible con una sensación de vértigo. Cuando no se ponen al servicio del ser humano, sino al contrario, se aboca al ser humano a ser dominado y a veces esclavizado por ellas.

Con ello se extirpa en realidad por todos aquellos medios de que se dispone la dignidad propia y natural de todo ser humano por el simple hecho de serlo. Ninguna ley atribuye esa dignidad al hombre, pues es anterior a la ley, ínsita en su propia naturaleza. Pero aunque todas las leyes deberían reconocerla y tratar de garantizarla, por desgracia hoy sabemos que no es así.

Y he ahí, en ese respeto que debería ser y no es, donde se encuentra la raíz del problema y, lo que es más importante, también de su solución. El ataque a esa dignidad supone una merma en nuestro grado de conciencia individual y, lo que es más grave, de conciencia colectiva.

Este es el caballo de batalla que hace posible que la degeneración de la civilización occidental que te señalaba en el coche ayer admita una esperanza de regeneración tan necesaria como, desde ese momento, posible en lugar de inviable.

Podemos y debemos empezar, sí, por cada uno mismo, desde luego, por la propia persona que soy yo, pero sin detenernos. Seguidamente continuar con mi propia familia, proseguir sin merma de coraje y convicción en el propio esfuerzo con el estudio, la formación intelectual y moral y el trabajo y de ahí ser capaz, así, de proyectar esa idea y ese propósito, unidos, en todo el

tejido social hasta regenerarlo con el mismo empeño que otros tienen para degenerarlo. Sí, no sólo es bonita y dulce la tarea que señalo, no sólo deseable, sino ya entonces, aunados y juntos en esa misma convicción, posible. A un largo plazo, pero posible. El germen de lo auténtico perdura más que lo desechable.

Pero sucede que aun teniendo conciencia individual, algunas personas bien formadas se ven abocadas y determinadas al más puro individualismo, porque hay una feroz tendencia a aislarnos (el móvil, el coche, la tablet, las aplicaciones de todo tipo nos aíslan de los demás, apenas hablamos con ellos si no es desde ellas).

Es así como nuestra propia conciencia individual empieza y parece acabar en sí misma, en sus propios planteamientos egocéntricos (pretendida e interesadamente desapercibidos). Y, por desgracia, placenteros y hedonistas; todo en la línea cuesta abajo de hacernos más fácil seguir en esa dirección sin apenas pensar, considerando que es lo único que cabe hacer y que hay cosas más importantes por las que sacrificarse y dar la vida que por los ideales.

Las propias ideas antes que los ideales. Los precios de cada cosa antes que su auténtico valor. El dinero y el poder que me permite alcanzar el nivel que me he propuesto. Todo lo que cuando me muera me voy a dejar aquí y no me voy a llevar conmigo. Pero es que, ¿acaso cuando me muera iré a alguna parte? Mejor no pensarlo. O pensarlo hasta donde no me complique la vida. Tender siempre puentes como mera expresión bonachona que he de utilizar en mi propio y coyuntural provecho, hacia mi comodidad y la mis seres queridos, de cara a obtener siempre todo para mí y para sí y con el mayor placer, sin mezcla alguna de sacrificio desinteresado, verdadero, profundo y, así, auténtico. El sacrificio sin interés y beneficio personal y directo ¿para quién? Y entonces la pregunta de muchos es: ¿para qué?

Es así como la dignidad de la persona se descascarilla: cuando se aboca hacia el puro individualismo. Por ello la dignidad humana no debe considerar al ser humano individuo, sino antes bien, algo mucho más elevado y profundo: el ser persona.

Pero ¡¡ay amigo...!! Sucede que el ser persona aboca ya de inmediato a pensar. Y a descubrir un sentido comprometido de la existencia humana. Y el compromiso nos complica, nos sacrifica la vida no en torno a ideas propias sino a ideales universales, válidos en cualquier momento y lugar porque encajan con la dignidad ínsita en todo ser humano por encima de sexo, raza, edad, caimiento, nivel de riqueza, o escala social, o concreta o inexistente religión.

El ser persona hace desaparecer del centro del universo, el aquí y el ahora, para proyectarnos más allá. Nos permite descubrir la trascendencia. No sólo impera en cada ser humano individual la conciencia propia del Yo mismo personal, sino que esa conciencia implica a su vez una conciencia colectiva que nos une en el presente con el pasado y nos permite considerar el futuro que se abre ya, no a los años venideros más próximos, sino en todo cuanto hagamos o digamos a la eternidad.

La trascendencia, y con ella la conciencia colectiva, complementan y completan la conciencia individual. En ese momento descubrimos, aceptamos y valoramos la realidad evidente de que el ser humano no es un Robinson Crusoe, no es un náufrago que vive en soledad, sino en solidaridad, no nace y se hace y sobrevive en solitario, en permanente lucha aislada y denodada contra los elementos, sino que encuentra su auténtica dimensión cuando sale al encuentro del otro, es capaz de mirarle a los ojos y, descendiendo uno hasta el corazón del otro, conviven ya siempre en solidario.

Esa conciencia individual y colectiva del ser humano persona determina entonces la verdadera libertad. Y esa libertad auténtica y creativa, que nos hará progresar de forma correcta, aboca a la solidaridad.

He ahí cómo la dignidad del ser humano persona garantiza el progreso, la justicia social y con ello la felicidad que el hombre anhela y sin la cual nunca estará en paz. Pero o somos conscientes de que este anhelo de infinito es perfectamente posible empezando por nuestro círculo más íntimo, nuestra familia, nuestro trabajo y nuestras relaciones sociales rodeándonos siempre de los mejores o, si lo consideramos una simple quimera ilusionada e ilusoria, esa es la causa última y no otra de su propia irrealización.

Por lo tanto dediquemos un poco de tiempo a pensar... Cuando el solar de la dignidad humana sigue valiendo más que el edificio de la realidad económica y social que hemos construido y se tambalea, a la que hemos venido a parar por un camino y con unas artes y métodos equivocados, aún vale la pena pensar en la posibilidad de replantearlo todo de nuevo y edificar juntos algo realmente sólido y profundo que, encajado en unos cimientos sobre roca, entonces sí, nos dure y perdure para siempre.

Lo importante es saber que la propia labor de cada uno no es inútil y puede tener un impercedero reconocimiento si aprovechamos el tiempo que se nos entrega, siempre corto, para proyectar de veras el futuro eterno al que se nos llama. Habituaremos con gozo hoy el presente y un día, para siempre, la eternidad. Partiremos hacia ella con los bolsillos repletos de lo que de verdad importa y no se apolilla. Podremos rendir cuenta cumplida y sobrada al dueño de la obra pues, a pesar de la limitación indudable del empeño, Él

sabr  de mirar con misericordia de Padre el trabajo y darnos el anhelado y merecido descanso.  No es entonces la dignidad lo que nos revela que estamos hechos a imagen y semejanza de Dios? Pues eso... seamos dignos de esa insuperable Dignidad. Trabajemos. Aún hay tiempo...